

Frederic Manning
Los favores de la Fortuna
Somme y Ancre, 1916

Traducción de María R. Fernández Ruiz



sajalín editores

Grotesco

Estos son los círculos de los condenados
que cruzó Dante con funesta desesperanza,
pero hasta las calaveras hacen reír,
con su burla sardónica sin ojos.

Y nosotros,
sentados con la mirada vidriosa en el humo acre
que ensombrece nuestro acantonamiento húmedo, fétido,
cantamos con voz ronca y amarga,
como un coro de ranas
con terrible ironía, nuestras canciones patrióticas.

FREDERIC MANNING

PARTE I

GUILDENSTERN: Somos felices por no saber lo que es felicidad.

Fortuna no nos marcó con su estrella.

HAMLET: ¿Ni siquiera con sus zapatos?

ROSENCRANTZ: No, señor.

HAMLET: Entonces os encontráis junto a su cintura, es decir, en el centro de sus atenciones.

GUILDENSTERN: Así, pues, somos sus elegidos.

HAMLET: ¿De esos favores que la Fortuna se cubre con pudor?

Desilusionaos: es una ramera.

SHAKESPEARE, *Hamlet*, acto II, escena 2

Capítulo 1

Por mi fe, a mí me da igual; un hombre no puede morir más que una vez. Debemos a Dios una muerte... y, siga el camino que quiera, el que muera este año estará libre para el próximo.

SHAKESPEARE, *Enrique IV*, acto III, escena 2

La oscuridad avanzaba con rapidez a medida que el cielo se cubría de nubes y amenazaba tormenta. Todavía se oía un bombardeo intermitente. Cuando llegó el relevo, emprendieron como pudieron el camino de vuelta a su línea original. Bourne, que estaba exhausto, se iba quedando poco a poco rezagado y, en su afán por no perder de vista a los demás, resbaló y cayó en el cráter de un obús. Cuando volvió a levantarse, el resto del grupo había desaparecido. Desorientado y solo, continuó avanzando con dificultad. Ni avivaba ni aflojaba el paso; se sentía enajenado, casi exaltado, y lo guiaba únicamente el deseo de ponerle fin a todo. Al final, en un sitio u otro, podría dormir. Poco le faltó para caer en una trinchera destrozada y, tras vacilar un momento, giró a la izquierda sin importarle demasiado adónde lo conducirían sus pasos. El mundo le parecía extraordinariamente desprovisto de hombres, aunque sabía que el suelo estaba plagado de ellos. Respiraba con dificultad, la sequedad le agrietaba la boca y la garganta y no le quedaba agua en la cantimplora. Al llegar a un refugio subterráneo, bajó a tientas, adivinando los

peldaños bajo sus pies. Una lona, colgada a modo de puerta y recogida a un lado, le raspó la mejilla y, tras bajar varios escalones más, su cara quedó envuelta en los pliegues enmohecidos de una manta. El refugio estaba vacío. Lo primero que hizo fue desplomarse allí, indiferente a todo. Después, con manos temblorosas, buscó sus cigarrillos y, llevándose uno a los labios, encendió una cerilla. La luz dejó ver una vela consumida, atrapada en su propia cera en la tapadera oval de una lata de tabaco. La encendió. Apenas era más ancha que un chelín, pero aún le daría para un rato. Pensaba acabarse el cigarrillo y después saldría a buscar a su compañía.

Había una especie de banco o asiento excavado en el muro del refugio, donde vio, en un primer momento, una manta hecha jirones y, después, brillando débilmente entre sus pliegues, un pequeño disco de metal que reflejaba la luz. Era la chapa del tapón de una cantimplora. La cogió al girarse de costado. Su peso delataba que estaba llena. Le quitó el tapón, se la llevó a los labios, le dio un buen trago y advirtió que lo que estaba ingiriendo era whisky puro. El licor abrasador casi lo ahoga, hasta escupió un poco de la sorpresa. Tras reponerse, bebió otro trago, menor, aunque suficiente, y estaba pensando en rendirle un tributo más prolongado cuando escuchó a unos hombres bajar a tientas por la escalera. Tapó la cantimplora, la escondió rápido bajo la manta y se apartó a lo que parecía una distancia prudencial de la tentación.

Entraron tres escoceses. Por sus voces entrecortadas dedujo que estaban casi tan agotados y maltrechos como él; sin embargo, mostrando indiferencia, le dijeron que algunos de los suyos estaban a la izquierda, en un refugio a unos cincuenta metros. Ellos, que también se habían perdido, le hicieron preguntas a su vez, pero

no pudo ayudarlos y comenzaron un debate incoherente entre ellos sobre qué convenía hacer, dadas las circunstancias. Su dialecto le impedía comprender totalmente sus razonamientos, pero la conversación dejaba entrever con claridad la indecisión de unos hombres cansados que buscaban en sus dificultades un pretexto razonable para no hacer nada. Esto apeló a su propia conciencia, así que tiró la colilla al suelo y decidió irse. La vela, que parpadeaba débilmente, estaba a punto de extinguirse y pronto volvería a reinar la oscuridad en el refugio. La prudencia reprimió su impulso de contarles lo del whisky. Quizás lo encontrarían ellos solos, eso ya quedaría en manos de la providencia o del azar. Se dirigió a la escalera cuando una voz, amortiguada por la lona, llegó del exterior.

—¿Quién anda ahí abajo?

Tenía un inconfundible tono autoritario y Bourne le respondió de inmediato. Se hizo una pausa, la lona se apartó a un lado y entró un oficial. Era Clinton, junto al que Bourne había hecho la instrucción en el campamento Tregelly de Cornualles.

—Hola, Bourne —comenzó, y al ver a los otros hombres, se volvió y los interrogó con voz tranquila y amable.

Su cara tenía la palidez verdosa de la cera cruda de abeja, sus ojos se mostraban enrojecidos y cansados, sus manos estaban tan inquietas como las de ellos y su voz presentaba el mismo tono de agitación, pero aun así los escuchó sin mostrar impaciencia alguna.

—Bueno, chicos, no quiero meteros prisa —dijo al final—, pero vuestro batallón partirá antes que el nuestro. Lo mejor que podéis hacer es alcanzarlo. Solo está a unos noventa metros si seguís por la trinchera. No conviene que os quedéis rezagados y que volváis solos al campamento, no estaría bien visto. Así que os

aconsejo ponerlos en marcha ahora mismo. Lo que de verdad os hace falta es dormir doce horas seguidas y yo os estoy indicando la forma más rápida de conseguirlo.

Aceptaron su punto de vista sin replicar; estaban bien dispuestos y, como todo hombre cansado y en semejantes circunstancias, se alegraban de que alguien les ahorrara tener que tomar una decisión. Así que le dieron las gracias y las buenas noches, si no contentos, al menos aparentando ser hombres sensatos que apreciaban su amabilidad. Bourne hizo amago de salir tras ellos, pero Clinton lo detuvo.

—Espera un segundo, Bourne, y nos vamos juntos —dijo cuando el último escocés subía la empinada escalera—. No es muy decente subir una escalera como esta detrás de un escocés con falda. Además, me dejé algo por aquí.

Miró a su alrededor, fue directo a la manta y cogió la cantimplora. Debió de parecerle más ligera de lo que esperaba porque la agitó con algo de recelo antes de destaparla. Le dio un trago largo y lento y, de pronto, se detuvo.

—Me dejé esta cantimplora llena de whisky —dijo—, y esos pelirrojos de mierda lo habrán olido. Mira, Bourne, yo no voy como una cuba al campo de batalla, como hacen otros, pero cuando vuelvo me apetece un trago. Toma, dale un sorbo, parece que a ti tampoco te vendría mal.

Bourne cogió la cantimplora con decisión; él se encontraba en una situación parecida. Había vivido segundo a segundo aquel intervalo atemporal, debido a que la confusión y la violencia del ataque —el momento peligroso en que se sentía en la cuerda floja— era todo lo que la conciencia parcialmente aturrida de un hombre podía asimilar; y, si perdía pie, caería de nuevo entre los horrores grotescos y criaturas de pesadilla que poblaban

su mente. Después, una vez liberada la tensión, el agotamiento físico posterior haría que se derrumbara y perdiera el control de las propias emociones.

—Nosotros estamos en el siguiente refugio. Bueno, los que quedamos —continuó Clinton—. Me alegro de que no te haya pasado nada, Bourne. Tú ibas en la última oleada, ¿no? A mí me parece que los boches se están armando hasta los dientes y no piensan abandonar sus posiciones si pueden evitarlo. Bueno, ya nos explicarán con detalle cómo han quedado las líneas. No creo que sigamos vivos más de cien.

Cada vez hablaba más rápido, lo que indicaba que el whisky estaba empezando a hacer efecto en sus crispados nervios. A Bourne, en cambio, lo había calmado. La llama de la vela chisporroteó y se apagó. Clinton encendió su linterna y se metió la cantimplora en el bolsillo del abrigo.

—Vamos —dijo dirigiéndose hacia la escalera—, tú y yo somos dos de los afortunados, Bourne. Hemos salido ilesos y, si seguimos con la suerte de cara, conseguiremos atravesar un infierno tras otro hasta que nos derrumbemos, ¿sabes?, hasta que nos derrumbemos.

Bourne sintió como si le faltara el aire, pues no había rastro de debilidad ni queja en la voz de Clinton, sino que estaba llena de rabia y resentimiento. Apagó la luz al acercarse a la lona.

—No diga gilipolleces —le espetó Bourne en la oscuridad—. Usted nunca se derrumbará.

El oficial no dio muestras de haber oído este amable, aunque indecoroso, reproche. Avanzaron en silencio por la trinchera derruida. En el cielo relampagueaban los fogueos de los cañones y alguna bengala aislada les inundaba de luz el camino. Al bajar lentamente, Bourne vio un hombre muerto, con su uniforme de

color caqui, tirado en un recodo de la trinchera. Seguramente se había rendido al verse herido y había ido a morir allí. Miró sus restos con indiferencia. Era una cara gris, pétreo, sin vida. Al doblar la esquina, un centinela que estaba en la entrada del refugio les pidió que se identificaran.

—Buenas noches, Bourne —dijo Clinton en voz baja.

—Buenas noches, mi teniente —replicó Bourne, cuadrándose.

Después, intercambió unas palabras con el centinela.

—Ojalá se pongan en marcha de una puta vez —dijo el centinela cuando Bourne se disponía a bajar.

El refugio estaba lleno de soldados y todas las caras demarcadas e imperturbables se giraron para ver quién había entrado, pero el destello de interés fue breve y enseguida dio paso a la apatía y al letargo. El aire estaba lleno de humo y del hedor de velas derretidas. Vio a Shem saludarlo para atraer su atención y logró hacerse un hueco a su lado. No se dijeron nada, salvo unas pocas palabras para comprobar que ambos estaban bien. Una especie de opresión se cernía sobre todos ellos, que esperaban como los condenados a muerte.

—Me pregunto si nos dejarán aquí como apoyo —susurró Shem.

Probablemente era lo que todos se estaban preguntando, allí sentados, con amarga resignación, con rostros pensativos y enigmáticos, desmoralizados y, aun así, indestructibles, como las caras de esos niños que parecen extrañamente viejos; y, de repente, todo cambió: se sucedían los movimientos apresurados, se abrocharon los cinturones, cogieron los fusiles y, agachados, treparon hacia el exterior. Shem y Bourne fueron de los primeros en salir. Se pusieron en marcha inmediatamente. Los proyectiles

sobrevolaban sus cabezas. Oyeron uno o dos impactar bastante cerca, pero no veían más que los laterales de la trinchera —blanquecinas en algunos sitios por la piedra caliza—, el casco de acero y el movimiento rítmico de los hombros del soldado que les precedía, los árboles destrozados que agitaban sus brazos frenéticamente y las nubes rotas en el cielo, a través de las que se vislumbraba la inaccesible paz de las estrellas. Parecían apresurarse, como si estuvieran inundados de una sensación de huida. Las paredes del ramal de comunicación se hacían cada vez más bajas, el camino iba ascendiendo hasta la superficie de la tierra, y al final salieron. El oficial se hizo a un lado para ver salir ordenadamente a los hombres que le quedaban, que formaron en dos filas delante de él. Había poca luz, pero bajo la visera de los cascos podían verse ojos vivaces e inquietos en unos rostros carentes de expresión. Su cara también se mostraba impasible por el cansancio, pero se mantuvo firme, con un bastón de mando bajo el brazo, mientras las sombras ocres se entremezclaban armónicamente. Sus órdenes no eran más que un susurro emitido por una voz quebrada y algo insegura, aunque no totalmente exenta de dureza. Después, se fueron en grupos de cuatro, alejándose de la cima de la colina, hacia el lugar que llamaban el Valle Feliz.

No tuvieron que ir muy lejos. Cuando se estaban acercando a las tiendas, un proyectil cayó junto al convoy de abastecimiento, haciéndoles tambalearse un poco. El capitán Malet los hizo formar poco después y de las tiendas fueron saliendo cocineros, zapateros, personal de intendencia y algunos soldados no aptos para el combate que se agruparon para mirarlos, con una compasión sincera, aunque guardando las distancias, porque hay un abismo entre los hombres que acaban de volver de la batalla y los que nunca han ido, un abismo tan insalvable como el que

hay entre los que están sobrios y los que están ebrios. El capitán Malet detuvo a sus hombres ante la oficina. Tenían incluso intención de asignar rango. Los miró entonces, y ellos a él, durante unos segundos que se hicieron eternos. Eran solo sombras en la oscuridad.

—¡Rompan filas!

Su tono de voz era bajo, pero se movieron casi con la misma precisión que las tropas de exhibición, sujetando el fusil con elegancia mientras el oficial saludaba. Acto seguido, la fuerza que los mantenía unidos se disolvió, los músculos en tensión se relajaron y se dirigieron tambaleándose hacia sus tiendas tan callados y desalentados como hombres vencidos. Uno de los sastres se sacó la pipa de la boca y escupió al suelo.

—Dirán lo que quieran —dijo con admiración—, pero somos una panda de puta madre.

Durante la noche, Bourne sufrió un ataque de pánico inexplicable y, tras un primer momento de desconcierto, recordó dónde estaba, se dio la vuelta e intentó dormirse de nuevo. No podía acordarse de la pesadilla que lo había despertado, si es que se trataba de una pesadilla, pero gracias al paulatino despertar de sus sentidos, notó una vaga agitación que también angustiaba a los otros hombres. Primero lo percibió en Shem, cuyo cuerpo, que casi rozaba el suyo, se sobresaltó de pronto de forma convulsiva y siguió retorciéndose nerviosamente durante unos segundos mientras murmuraba algo ininteligible y movía los labios como si tratara de humedecérselos. Este oscuro desasosiego fue pasando de forma intermitente de unos a otros, los labios se entreabrían y emitían el sonido de una burbuja al explotar, los dientes rechinaban con el batir de mandíbulas, los gimoteos

daban paso a sollozos y gemidos estremecedores, o culminaban en bruscas obscenidades incomprensibles y, después, con respiración dificultosa y movimientos agitados e inquietos, volvían a sumirse en un sueño profundo. Bourne intentó convencerse de que estos espasmos agónicos eran simples actos reflejos, parte de un proceso físico inconsciente, por el cual sus nervios destrozados intentaban reajustarse, y trató de controlar algún movimiento instintivo con poco éxito, puesto que una voluntad superior frustraba sus amagos. Hasta su mente se encontraba ahora inundada por las pasiones, de las que los murmullos y los movimientos nerviosos que se oían en la oscuridad eran un mero mimetismo inconsciente. Los sentidos llevan a cabo, en cierta medida, una actividad propia e independiente y permanecen alerta aun cuando se eclipsa la mente. La oscuridad se le antojaba repleta de estremecimientos de cuerpos atormentados, como si algún ser diabólico investigara con curiosidad hasta encontrar un nervio especialmente sensible y le arrancara un desgarrado grito de dolor. Finalmente, incapaz de ignorar la sensación de tristeza que lo invadía, se incorporó y encendió el inevitable cigarrillo. Los horrores que poblaban sus sueños cobraron forma. Su mente regresaba a días pasados, avanzando a tientas entre recuerdos oscuros y rotos, ya que ahora le parecía que la mayor parte del tiempo había estado aturdido y cegado, y que, lo que había visto, lo había visto en instantáneas vívidas e intermitentes. Al recordarlo, sentía de nuevo la tensión de la espera, que se convertía en impaciencia, revivía el inmenso esfuerzo que le suponía caminar y el alivio momentáneo que conllevaba el movimiento, la sensación opresora de pavor y de falta de realidad y la vuelta a la normalidad al ver a otros hombres avanzar de un modo casi anodino, mecánico, como si cumplieran con

una rutina ordinaria. La cautela era combatida por el apremio constante de una voz interior que instigaba a apresurarse. ¿Apresurarse? Uno no puede lanzarse solo a ninguna parte, a la nada. Cada impulso engendraba de inmediato su propia antítesis violenta. La confusión y el desorden de su mente corrían parejos con la furia irracional que lo dominaba, reforzándose mutuamente. Vio saltar por los aires trozos de la línea alemana, por las descargas de artillería que les iban abriendo camino; una nube de polvo y humo ocultaba su avance, pero los boches los buscaban con gran ahínco. El aire, en el que se oían aleteos agitados, se resquebrajaba ante los zumbidos de los obuses, que silbaban como las toneladas de metal fundido que se sumergen de golpe en el agua. La explosión traía consigo el estallido y la conmoción cerebral: hombres destrozados, destruidos en súbitas erupciones de tierra, desgarrados y desparramados en fragmentos ensangrentados, obuses que eran como gatos erizados que bufaban, muy bajito, irritantemente cerca, como el punteo de unas cuerdas tensas. Bourne tenía los pies enredados en algo que le rasgó el pantalón y las polainas al dar un traspie, y entonces, de pronto, vio una cara, una cara tremendamente desencajada, que deliraba y sollozaba al caer con él en el cráter de un obús. Vio asombrado el culo desnudo de un escocés que había ido a la batalla llevando solo el delantal de camuflaje que solían ponerse sobre la falda escocesa. Sus miradas se encontraron y ambos se sintieron desconcertados y humillados. Entonces, en un instante de perfecta lucidez, mientras recuperaban el aliento, Bourne, a pesar de que él sí estaba bien equipado, se encontró a sí mismo preguntándose, con una prudencia absurda, dónde estaría el puesto de guarnicionería más cercano. Se acercaron más

hombres. Otros dos Gordon* se les unieron junto con Halliday, que se abalanzó sobre ellos y, manteniendo la calma, les dijo que eran un atajo de cobardes de mierda. Tenía una herida leve en el antebrazo. Siguieron avanzando, el polvo y el humo se iban dissipando y oyeron el tañido elástico de las granadas Mills al aproximarse a una trinchera vacía, muy estrecha en aquellas zonas donde las granadas no la habían destrozado o derrumbado. Volvieron a alcanzar a Halliday, esta vez en la rodilla, antes de que llegaran a la trinchera, y en ese mismo momento Bourne notó cómo la metralla le rasgaba la guerrera. Arrastraron a Halliday hasta la trinchera y lo dejaron con un Gordon al que también habían herido. Los hombres se fueron reuniendo allí, y él volvió a avanzar con algunos de su compañía. Desde el instante en que se había arrojado al cráter del obús con el escocés, algo había cambiado en él: la confusión y el desorden de su mente se habían dissipado, hasta su propia mente parecía haber desaparecido, tras contraerse y endurecerse en su interior. Aún sentía el miedo, un miedo implacable y nervioso, pero aquella sensación también parecía haber sido golpeada y forjada hasta convertirse en una sensibilidad exquisita indiscernible del odio. Solo sobrevivía en él el instinto animal, todos los sentidos estaban alerta y la tensión que experimentaba era casi perturbadora. No sabía dónde estaba ni adónde iba, le era imposible tener un plan porque no podía prever nada, todo lo que estaba ocurriendo era inevitable e inesperado, él no era más que un eslabón de la cadena; y, aunque sus movimientos debían adaptarse a los de los demás espontáneamente, como si formara parte de un plan infinitamente flexible, del que apenas comprendía el

* Soldado escocés. (*N. del E.*)

objetivo inmediato, sabía que solo podía confiar en sí mismo. Sortearon un nido de ametralladoras abriéndose paso por un sistema de trincheras bastante complejo que unía los cráteres. Eran unas trincheras de dimensiones muy reducidas, por las que los operadores de ametralladora, tras haber contenido a la infantería enemiga todo lo posible, tenían la esperanza de escapar hasta otra posición que les habían designado en la retaguardia y reanudar su misión, ganando así tiempo para que sus tropas se recuperaran del efecto del bombardeo y salieran de sus escondites. Eran hombres especialmente valientes, estos operadores de ametralladora prusianos, aunque el heroísmo extremo, tanto en aliados como en enemigos, tiene mucho de desesperación. Bourne se encontró a sí mismo jugando a un juego de la infancia, aunque esta vez no estaba entre rocas donde la reverberación del calor dibujaba una película ondulada, sino en fisuras artificiales, demasiado calcáreas y erosionadas para ser un escondite adecuado. Quizás a los treinta no se pone el mismo entusiasmo en el juego que a los trece años, pero la sensación de peligro le hizo utilizar una experiencia latente que se había convertido en algo instintivo en él y se movía por esos caminos inseguros con la astucia furtiva de un armiño o de una comadreja. Al agazaparse en un ángulo de la trinchera, vio que el siguiente tramo era bastante recto y, cuando el soldado que lo seguía llegó junto a él, salió corriendo agachado. La vanguardia, que había sido contenida en un momento dado, tendía ahora a rodear la trinchera inevitablemente, y los pocos hombres que la defendían la abandonaron de inmediato. Mientras corría, Bourne advirtió como un boche que iba a la carrera rodeaba el ángulo más lejano con precipitación, lo vio apoyarse, retrocediendo en una postura defensiva, y le disparó sin llegar a levantar la culata del fusil hasta

el pecho. El hombre cayó con un disparo en la cara y alguien le gritó a Bourne que continuara. El cuerpo obstruía el estrecho ángulo de la trinchera y, cuando puso el pie sobre él, pareció moverse, haciendo que se detuviera a cerciorarse, por suerte para él, ya que una granada explotó a un par de metros del recodo. Consternado, se volvió bruscamente hacia el soldado que había tirado la granada y, detrás de él, vio la adusta corpulencia del capitán Malet con el semblante extrañamente eufórico. Bourne, incapaz de articular palabra, le indicó el camino por donde adivinaba que se habían ido los boches. El capitán Malet se encaramó a una pared de la trinchera, saltó fuera y los soldados lo siguieron, desbordando el estrecho pasillo, pero las dos oleadas, que lo habían arrasado todo en torno al nido de ametralladoras, estaban ahora a punto de encontrarse. Los hombres se agruparon e hicieron recuento informal de bajas antes de volver a la acción. El capitán Malet le dijo algo al pasar y Bourne, mirándolo sin comprender con ojos apagados, se quedó a la zaga de los otros soldados para dejar algo de distancia entre ellos dos. Inmediatamente después se encontró junto a Glasspool, sargento primero de su compañía, quien lo saludó con un rápido movimiento de cabeza en señal de aprecio. Entonces Bourne lo entendió todo. Estaba haciendo lo correcto. En la última oleada había seguido avanzando y se había colocado a la cabeza sin saber cómo, durante un instante; sin embargo, se percató de que solo había continuado porque había sido incapaz de quedarse quieto. La sensación de formar parte de un grupo no le tranquilizaba tanto como al principio, la situación actual parecía exigir más iniciativa individual. En ese momento, solo por el hecho de estar juntos, se lanzaban al combate con apremio en lugar de intentar quedarse rezagados. Dos hombres de otro regimiento, que

supuestamente se habían perdido, daban media vuelta, momentáneamente desmoralizados, cuando el sargento primero Glasspool les hizo frente.

—¿Dónde coño os creéis que vais?

Les preguntó con la violencia de una ametralladora, y el hecho de enfrentarse a su confusión histérica lo convirtió en la personificación de una amenaza.

—Nos han ordenado volver —dijo uno, avergonzado y asustado.

—Sí, ahora son los boches los que os dan las putas órdenes —les espetó Glasspool con desprecio, los labios pálidos y la respiración agitada. Lo obedecieron sin replicar, pero también lo convirtieron en el nuevo objetivo de toda la rabia y el odio de sus corazones. Él se olvidó de ellos tan pronto como los tuvo bajo control.

—No pasa nada, compañero —le susurró Bourne al que había hablado—. Volved con los vuestros en cuanto podáis.

El soldado se limitó a lanzarle una mirada gélida. En el siguiente avance, algo le dio a Bourne en el casco y, al clavársele en la nuca, el barboquejo le rasgó las orejas. En un primer momento pensó que estaba inconsciente. Además, se había mordido la lengua y notaba el sabor salado de su propia sangre. El golpe había abierto una fisura en el casco, quebrando el acero. Seguía aturdido y nervioso cuando llegaron a unas ruinas que creía haber visto antes. Estaban cerca de la estación de ferrocarril.

Ansiaba poder dormir, estaba muerto de cansancio, pero su agitada memoria hacía que viera el sueño como algo que debía evitar tanto como la muerte. Cerró los ojos y visualizó a unos hombres avanzando bajo una lluvia de proyectiles. Le parecieron

de juguete, insignificantes e ineficaces en comparación con toda esa incontenible ira, y aun así avanzaban de manera mecánica, como si una voluntad superior los hubiera hipnotizado o embrujado. Una de las imágenes que se le quedó grabada a Bourne en la batalla era la de un hombre que avanzaba a saltos junto a él, como un muñeco al que se le acabara la cuerda. Para él fue tan intensa por el alivio que le producía evadirse de la confusión y el caos de su propia mente. Le resultaba imposible relacionar esa figura corriente, mediocre y nada heroica —con un uniforme caqui que no le quedaba bien y un casco como la bacía de barbero con la que Don Quijote se las arregló en sus aventuras— con el conflicto moral y espiritual, de una agonía casi sobrehumana, que lo invadía. La fuerza se mide por la cantidad de resistencia que se es capaz de vencer y, en última instancia, la fortaleza moral de los hombres era mayor que cualquier fuerza puramente material con la que se compare. La mente se enfrenta a la posibilidad de morir como otra de las posibilidades a las que está obligada a enfrentarse; sin embargo, paradójicamente, la función de nuestra naturaleza moral consiste únicamente en la reafirmación de la voluntad individual contra cualquier cosa que pueda oponerse a ella, y la muerte, por lo tanto, conllevaría su extinción en este caso particular e individual. La verdadera esencia de la tragedia reside en el hecho de que su fracaso es solo aparente y, como le ocurre al mártir, la conciencia moral del hombre ha elegido libremente, haciendo valer la libertad de su ser. La sensación de esforzarse inútilmente solo se da en las naturalezas más materialistas y mezquinas. Se enfrentaba a otra posibilidad más horrible: la mutilación. Sin embargo, en el caso de Bourne, y seguramente también en el de la mayoría de sus compañeros, teniendo en cuenta que el impulso moral no implica un acto intelectual, su

fuerza y su debilidad mental formaban una maraña indisociable. Que maten a un hombre traspasándole el cerebro con una bala o haciéndolo saltar en pedazos con una bomba de gran impacto, le es indiferente al objetor de conciencia, o a cualquier otro observador en idéntica posición privilegiada y, a decir verdad, probablemente estén en lo cierto. No obstante, para el pobre idiota que es un firme candidato a honores póstumos y que, indiscutiblemente, es parte interesada, resulta un tema importante. Quizás él sea la víctima de una ilusión, como todos los que, en palabras de San Pablo, son necios por amor de Cristo; pero él había visto cómo habían acabado con un hombre de un disparo limpio y lo habían dejado tirado boca abajo, muerto, y había visto a otro hecho jirones como si lo hubiera atacado una bestia invisible, y estas experiencias no tenían nada de ilusorias: eran hechos reales. La muerte, como la castidad, no admite ningún tipo de gradación: un hombre o está muerto o no está muerto, igual que un hombre está tan muerto por una causa como por otra, pero es infinitamente más horrible y repugnante ver a un hombre sin miembros y sin vísceras, que verlo muerto de un disparo. Y se ven esas cosas, y se sufre a través de ellos, con la inalienable compasión por el prójimo. Se olvida con rapidez. La mente se aparta de esto como harían los ojos. Se tranquiliza a sí misma tras un primer grito desesperado: «¡Soy yo!».

—No, no soy yo. Yo nunca acabaré así.

Y se continúa avanzando, dejando atrás esa cosa herida y cruenta, apostando por la seguridad implícita que cada uno de nosotros tiene de ser inmortal. Se olvida, pero se volverá a recordar después, aunque solo sea en sueños.

Después de todo, los muertos no hacen ruido. No hay nada en el mundo más silencioso que un muerto. Se ve a los hombres

viviendo, por así decirlo, desesperadamente y, de pronto, no les queda rastro de vida. Un hombre muere y se agarrota como un muñeco de madera, al que uno echa un segundo vistazo con una curiosidad furtiva. De repente, recordó a los que cayeron en el bosque de Trônes, muertos sin enterrar con los que había convivido codo con codo, británicos y boches equitativamente mezclados, supurando, descompuestos por las larvas de las moscas, pasto de las ratas, ennegreciéndose por el calor, hinchados con las barrigas dilatadas o reseándose en sus andrajos corroídos; e incluso cuando la noche los cubría, se desahogaba en el viento el hedor de la muerte. «Atravesar un infierno tras otro hasta que nos derrumbemos.» Uno no puede derrumbarse. Respiró de golpe con un sollozo tembloroso y la mente renunció a una tarea que no conducía a nada. La cálida y maloliente oscuridad de la tienda le parecía un lujoso sosiego. Durmió a pierna suelta, soñando con la dulzura y la suavidad femenina, pero esas caras huían de él como los reflejos en el agua mecida por el viento, y su alma se hundió cada vez más en las profundidades de un olvido regenerador.